

## Los Libros

CUENTOS DE VIENTO Y AGUA de *Juan Marín* (\*)

La narración hecha vida con Juan Marín

¿De dónde vino Juan Marín? ¿De dónde cayó a este mundo terráqueo para amplificarse por rutas que le han sido fáciles a sus facultades de hombre pluridimensional? Porque este chileno de todas latitudes manifiesta con firmeza una secularidad que habría que investigarla detenidamente para extraer de ella resultantes exactas, síntesis de la profusión de aspectos existentes en su continente.

Me lo encontré por primera vez a la vuelta de una de sus narraciones, jineteando un avión, luchando con rachas de fatalidad, arrostrando misteriosas embestidas (1). Lo vi después, metido en un barco, sorteando tempestades, sintiendo conflagraciones atmosféricas entre encrespadas interrogaciones que estrellaban oleajes contra su rostro de marino (2). En seguida lo vislumbré en puertos negros, sondeando habilitamientos de vidas en cuerpos raquíticos, escuchando vaticinios de muerte por voces funerarias. Lo acompañaba Conan Doyle y ensayaba fórmulas suministradas por William Croocke para atrapar la cuarta calidad de la materia (3). Lo sorprendí más tarde meti-

---

(\*) Prólogo escrito por Juan F. Toruño para este libro de Marín.

(1) En el límite del libro «Alas sobre el mar».

(2) El Secreto del Dr. Baloux, del libro del mismo nombre.

(3) Un raid a través del misterio, de «Alas sobre el mar».

do con empusas y larvas: Papus le servía de Cicerone. El arañño hacía rúbricas en la cara del beodo que forcejeaba en invisible cuarto, cerca de apartado parque, en un Londres paradójal (4). Y me lo hallé en París, recorriendo silogismos, siguiendo el cadáver del comparsa, muerto repentinamente, hombre que le acompañaba a él—en una presencia post-vida—, traje luctuoso, paraguas a mano, hongo inconfundible, dentro del tílburí en que Juan Marín era empujado a la derrota del vacío por teoría sutilísima acerca de capacidades etéreas. La charla del comparsa escurre comprobaciones de que el espacio es cuerpo y de que los seres son cuñas abriendo hoyos en capas comprimidas, celulares, undosas, gelatinosas, por lo que al morir un ser, el hueco hecho por éste, ciérrase rehabilitándose todo corpóreo que los humanos destruimos (5). Esta teoría despréndese del principio griego de que «la forma hace al espacio», al que se contrapone Descartes con su: «el espacio hace la forma». Mas después lo contemplé afanoso tejiendo mallas en que se enredan mentes positivistas. Con hilos orientales—Caihr y Nether—urdiera tramas en que aprisiona sigilos de persecución con seguros de anatema. Una persecución manásica, de mágicas fuerzas negras, henchidas de poderío imanantes de vigores potenciales para ser realizadas en la madre y en la persona de Percival Lawrence (6).

También lo he visto actuando pleno de fortaleza natural; porque a Juan Marín tan pronto se le encuentra en atmósferas metafísicas o en contenidos infusos, como se le halla hendiendo pies en barros de realidad. Está familiarizado con la vida en todas sus formas. Sus materiales no le son desconocidos y posee recursos para trajinar por rumbos que partiendo unas veces

---

(4) La extraña aventura del estudiante Propoulos, de «Alas sobre el mar».

(5) El hombre del funeral, de «Alas sobre el mar».

(6) El crimen de Percival Lawrence, del libro «El Secreto del Dr. Baloux».

de lo razonable llegan a lo que pareciera imaginario, obscuro y ficticio; otras veces advienen de estrados fantásticos a plasmarse en figuras taladrantes, en sucesos crispadores, en acontecimientos que dejan al espectador buscando el porqué de aquello que no puede sujetarse a la lógica. Así tanto se le puede apreciar en estructuras visibles, abriendo zanjas en campamentos de amargura, metido entre riscos y zarzales, determinando posiciones, fichando cifras humanas movidas en fondos de estratos sociales—bíceps fornidos, puños cerrados, golpes ciertos—, cabalgando incursiones en un paralelo 53 sur, (7) como se le puede seguir en conceptualizaciones acerca de variados problemas científicos, problemas sexuales para o por nuevos basamentos sociológicos, que él quisiera depurados por prácticas de un humanismo integral (8). Y como es hombre de ciencias, y como la Psiquiatría le ha llagado el cerebro, busca atender esa llaga investigando con el psico-análisis, esculcando a Freud en ensayos donde el científico y el pensador se confunden de tal modo que, no se sabe a ratos qué apreciar más en Marín, si al que crea o al que, valiéndose de medios asienta finalidades, experiencias sistemas y métodos (9). Y como es marino ha puesto sortijas tempestuosas en barcos congestionados de espanto. Y como es hombre de hélices y vientos, le ha visto más de cerca la máscara al sol y el gesto a la muerte. Y como ha arrumbado también por estrados poéticos, conoce lo que se filtra dentro de cada verso y lo que madura cada emoción.

Esta figura de Juan Marín atrae. Desde la altura de su porte y la anchura de sus ideales, hasta la profusión de sus ideas y la fecundidad en sus investigaciones.

---

(7) «Paralelo 53 Sur», novela premiada.

(8) «El problema sexual y sus nuevas fórmulas sociales».

(9) «Ensayos Freudianos».

\* \* \*

El Dr. Juan Marín ha querido que yo le haga compañía en sus andanzas por este volumen de cuentos de «Viento y Agua». Sé que él no necesita de muletas para viajar por cualquier rumbo. Le basta su inteligencia, y su conciencia lo vigoriza para ello. Sin embargo, heme aquí con él. Puesto que así lo ha querido, mal haría yo en desairar a quien siente gusto en ir conmigo por veredas de tierra, de aire o de mar; por cauces misteriosos o por eras incendiadas de durezas. Hónrame, además, al escogerme entre sus numerosos amigos para que sea yo quien atestigüe sus hazañas.

En Juan Marín—queda dicho—hay complicaciones de existencias que él hace vibrar con múltiples afanes. Ya en otra circunstancia afirmé opinión acerca de sus capacidades y de lo que es él dentro de sumadas aptitudes, atrayéndome más sus narraciones en lo que a la literatura concierne (10). Porque de ellas rebasan ambientes, desparramándose con la verdad extraída de lo misterioso o de lo real; pero verdad que dice vida, que grita naturaleza, que expone desgarraduras, que sangra organismos.

Pero... ¿son «cuentos» los de Marín? ¿Son efectivamente «cuentos»? Reafirmo que no. Para mí no lo son, porque creo que el cuento es inventiva y deja de serlo cuando expone realidad. La exposición de tal realidad—o posible realidad—es en mí narración. Concepto es éste que ha venido definiéndose conforme avanza la humanidad en el tiempo.

Juan Marín es narrador de verdades, de realidades, de sucesos vivos o vividos; porque podría ocurrir también que fuera narrador en corros, hiperbolizando y, en este caso, sería un cuentista. En él la narración es desapegamiento de imposibles,

---

(10) «Los Desterrados».—J. F. Toruño.

aunque en algunos detalles la imaginación sea «savia de su verdad».

El cuento oriental se quedó con «Las Mil y Una Noches», con hadas y con enanos, con la Scherezada que salvó su cuerpo fantasmagorizando o alegorizando. Se quedó allí o en la imitación de tales cuentos.

La humanidad, a cada trastumbo, ha venido necesitando que se le hable con hechos o que se le describan éstos, aunque para ello el engaño sea punto principal. Los cuentos de Perrault agruparon corros para prenderse en las luces infantiles, así como la fábula que creó una de las figuras más feas de hombre—Esopo—ha dado vueltas en la inflamación de candideces. Al transcurrir de años los cuentos fueron haciéndose menos imaginativos y la narración brotó en campos de veracidad. Y como los niños de hoy se han adelantado a los niños de ayer por la imprescindible evolución que da la experiencia general! Y cómo el niño de hoy quiere saberlo todo! El niño de ayer, timorato, medroso, a los quince años ignoraba completamente lo que con abundancia conoce hoy uno de diez. De ahí que se ha ido modificando el *sentido* de los *sentimientos*. De ahí que los hombres han buscado incorporarse en la actualidad descartando poco a poco *fantasías fantásticas*, cargando sus vehículos con sobrepesos de realidad.

Guy de Maupassant—para tomar un aspecto contemporáneo del tema—socializó el cuento, moralizando con ribetes de ironía, describiendo hechos ocurridos en el corazón de la ciudad en que pirueteaban sus marionetas, sin dejar de existir en aquello algo de inventiva. Villiers de l'Isle Adams fichó consultas de auscultamiento, colocó en descubierto engaños y puso en penumbras y claro-oscuros, amarguras, lacras bajo sotanas, desesperanzas, mendicidad y tragedia en sus «Nuevos Cuentos Crueles». Luigi Pirandello sentó a la narración psicológica sobre banquillos de acusación a una moral que no lo era, para hacer gritar a la naturaleza anímica en las cárceles que le han

construído las leyes de los hombres. Derramó jugos acres sobre mieles mentirosas y conjugó realidades clamando: «¡esto es lo que hay y lo demás es vergüenza!» Está el cuento español, mediterráneo, engolado con Blasco Ibáñez, tierno como Martínez Sierra, pedagógico en Unamuno; mas con las exigencias del tiempo en que vivimos. Así en espera dilatada y tremenda de ansias infantiles, con Palacio Valdés y romántico en Pedro Matta. Y está el cuento inglés, frío y punzante en Carlos Dickens.

En todos ellos hay observación como punto de partida y en realidad envolviendo naturaleza sustantiva que alarga sus brazos actuando, tentáculos agarrando entrañas y exprimiéndolas.

El cuento de frivolidades para niñas anémicas e ilusas se ha quedado en salones, a la orilla de las estufas. Jean Richopin lo hizo restallar en carnes sanguinolentas.

El cuento antiguo que servía para entretener, modificóse hasta llegar a la función recreadora de sucesos puestos en escenarios vitalizados, por lo que el cuento, al transformarse en narración, incendióse de vida. A la palabra henchida de hiperbolismos, con ineludible comienzo de «este era un rey...», sucedió el vocablo con sangre y con alma palpitante de verismo, plasmado con realidad... La narración se hizo seria.

En América, desligada de la maniobra fantástica, de la ensoñación calenturienta, apartada un tanto de la moderna farándula policíaca de Doyle—por más que la maniobra truculenta, hábil y tentadora haya influído en constituciones dadas a la aventura—y, apagando la morbosidad y lo erótico, la seriedad ha venido imponiéndose. Y al detalle superfluo y cursi, a la sensiblería enfermiza y a lo utópico, la conciencia buscó acontecimientos vivos de aspectos reales. El hombre de América escudriñó y palpó y sintió, situándose en su propio clima. Y si Edgar Allan Poe en el norte algebraizó la narración exprimiendo macabros zumos en atmósferas lúgubres, tremenda-

mente vitandas, la narración en el sur tomó características firmes en ambiente americano. Horacio Quiroga dió cuentos sin cuentos: anatomías, cuadros diseccionales, vendabales de pasión. Se metió a la selva y fitotomizó. Sus narraciones poseen lo que tiene y lo que rodea al Plata, con ondulaciones saltadoras, sacando la lengua en cascadas para burlarse del paisaje; con las costumbres de las gentes del Plata: con estampas de bestias que decoran maniguas y ofidios que enroscan vigilancia a la orilla del Plata; con paisajes singulares que circundan al Plata... ¡Todo el Plata en sus narraciones!

Y en el norte y en el centro y en el sur de América puede afirmarse que la narración es viva, fiel, recreando o reproduciendo zonas de la vida americana. Mediz Bolio en México se enraizó en lo aborigen, sacó músicas con Tephonahuastle, hizo bailar al tiempo endivisado con tótemes y sorprendió los monéxicos.

En Centroamérica, la narración cruda, áspera, ruda, mantúvola Arturo Ambrogi. La embreñó en matorrales. Sorbió paisajes cuscatlecos, copió mortificaciones y miserias de gentes en ranchos campesinos. Hizo vivir crueldades y las escurrió en recuerdos. Hernán Robleto volcó el alma de las sementeras en sus marcos al vivo. Desnudó al panorama nemeroso, un tanto melancólico y un tanto hosco, de hurañas existencias sacrificadas en amarguras. Desembrujó al paisaje y lo humanizó. Salarrué ha esquematizado la narración, comprimiéndola, psicologizando el regionalismo desgredado en pasiones. Rodríguez Infante asoma por entre el nativismo que alumbrara firmemente Fernán Silva Valdés.

Pero, he aquí que Juan Marín, en América, siente el Universo y le abre boquetes y grita a todas horas en mediodías de sol. Hace de éste, una red tentacular que extiende al espacio. Y aprisiona tempestades y aprisiona dolencias y aprisiona lo que cae en ella. Su grito espeluzna. Recrudece tragedias. Expone sangre negra de noches que hace bailar en el filo de cien

detalles, pigmentándolas de misterio, estrellas en el rostro eterno del infinito.

En estas narraciones tuyas está la tierra con sus mil emboscadas, con su expresión que ha de ser luminaria para quienes la contemplan de otros planetas y musical para los pitagóricos, auditivos siderales. Y están allí los elementos, en combustión siempre, jamás acariciadores: aire, agua, tierra, principales climas en que escenifica Juan Marín.

Sobre todo el mar. Y con el mar, asaltos a antros tenebrosos, fuera de lo específico. Pero, sobre el mar y ecuménicamente, está el hombre con sus atributos, demoníacos o angélicos, enconosos, bestialas o emotivos.

Están expuestas—esquematisadas— al comienzo de estas líneas, algunas de sus narraciones. Daré otros cincelazos en la cantera de Juan Marín. Ponerse a analizar con detención, buscando minucias, sería para formar volúmenes; que no soy yo, tampoco, buscador de moléculas. Quede eso para quienes encuentran lo principal en superficialidades. Aprecio lo que haya de vida en lo animado o inanimado de la narración. Lo demás hágolo a un lado, no sin dejar de ver por las rendijas del lenguaje—vehículo positivo—lo que haya de certero. No busco defectos menores en frases porque me estribo en ideas. Y porque entiendo que, habrá que quitarle el freno al pensamiento para libertarlo de estrictos sometimientos que pudieran entumecerlo.

Esto no quiere decir que deberemos irastornar vocablos y dejar vacías las palabras, porque entonces despojaríamos de vestiduras los conceptos. Y porque la palabra posee su valor ornamental envolvente, de cobertizo, que debe ser atendido en esta actualidad.

Se entra a este volumen de Juan Marín por «Puerto Negro». Puerto de asfixia para esos topos que le hacen bolsillos al planeta, hurgándole los intestinos. Lo de negro en este puerto es telón. Lo mucho es el gigantesco drama. Habita en él la muerte paulatina de los trabajadores. La miseria complementa



visiones de permanente agonía. El hombre lucha aquí contra la vida cargada de acechanza. El mar, como en las aguas fuertes de Julián Viaud, protagoniza. El mar que está hecho de lágrimas, cual lo mirara yo en uno de mis poemas (11). El mar que posee cielos y tempestades. Y, con el mar, el impulso dominador que agota (12).

Y se sale del libro con «Lázaro». ¿Qué es Lázaro? ¿Qué representa este personaje para Juan Marín? Habría que penetrar en santuarios de iniciación. «Cuevas» en las que siempre hay una estrella y en las que el Universo se distribuye en símbolos y alegorías. Desde el círculo que significa el «Todo» hasta el punto que es el parecimiento del Padre en manifestación del Principio. ¡Sí! habría que llegar hasta allí. Porque esta narración resuelve sistemas, destruye situaciones lógicas, fúgase en irizaciones ontológicas si se quiere y hace temblar recintos míticos por la *recreación* pavorosa y empavorizada. Es la orjalía en el cuarto iniciático después de la antesala preparatoria. Es el Lázaro que vuelve purificado, con probanza en la muerte. Son los siete círculos menores, siete almas, los «siete primordiales» que predispone Dzyan: seis pertenecientes a planos de pre-humanización y uno a la humanidad que nace de Neith. ¡Toda una pesadilla! ¿A dónde conduce Juan Marín con esta narración? En el origen del hombre tratando no sólo por la percepción de las especies, sino contemplando en la evolución atómica, la geometría toma aspecto principal porque la vida se manifiesta puramente geometrizada.

Juan Marín, en «Lázaro», más que representar, arquitecturiza.

Para llegar a la médula de esta narración habría que vi-

---

(11) Presencia de eternidad, de «Hacia el Sol».

(12) Este cuento fué publicado por «El Mercurio» de Santiago de Chile con ocasión de haber obtenido el Primer Premio en el Concurso organizado por este diario, con un Jurado de la Sociedad de escritores de Chile.

sitar la Casa de Luz de Egipto, llevando Luz Oculta para alumbrarse el paso y encontrar después el espíritu de belleza manando de aquella aparente confusión, sabia y fuerte en elípticas, normas y formas, orbitalmente en su aspecto visible, confirmación de lo oculto de donde adviene la energía, pues que toda forma es energía.

Juan Marín conoce de esto por experiencias. Supongo que es normando por secularidad y no podría fijarse desde cuándo viene trabajando temporalmente. No podría asegurar cómo es que se desprendió de allá; pero sí, puede afirmarse porque está firme en él la reminiscencia. Una reminiscencia — todos somos reminiscentes — definida. Ese viajar, esa ansia de ir por todo rumbo, esa inquietud trascendental, eso de buscar en la aventura el tuétano de su razón de vida, lo está demostrando. Quizás su apellido venga — modificado — del francés. (Recuérdese que Normandía fué en un tiempo de Francia). Otra característica de Marín es el atrape de asuntos bajo cielos tempestuosos o en aguas huracanadas, como si su espíritu quisiera seguirse complaciendo en formas que antes le pertenecieron. Y esa composición de lejanías, ese barajar de atmósferas, ese trajín de avatar, fija igualmente puesto en el substrátum de este infatigable viajero, audaz temperamento escandinavo que se ha posesionado de lo que antes le era propio y que, en América, impulsado por fuerzas latentes en su ser, ha encontrado marco para su vida de «ahora», agitada vida en océanos en vendabal, y en contingencias extrañas. (Marín: marino).

Y cierta manera de actuar, cierta simpatía personal, cierta despreocupación en su espontaneidad y cierta búsqueda en lo que está más allá de lo que haya, ¿no podrían hacer recordar al Rey Carlos el Normando?

Poco más o menos sábese de dónde viene este Juan Marín pluridimensional. ¿Para dónde va? Otra interrogación es esta, difícil de cerrar. Porque él va para cualquier parte, por

distinto rumbo. Va con su carga de experiencias en busca de lo que aún no ha encontrado su ansia de viajero.

A bordo de sus narraciones, actúa en los acontecimientos. Por eso habla singularmente en primera persona. Pocas veces en segunda y casi nunca en tercera. Por eso sus narraciones dicen vida propia en distintos aspectos. De ahí que no sea un narrador de sucesos ocurridos fuera de su presencia. Ha vivido y vive tan amplia y tan pluralmente que muy posible será encontrarlo de repente en las entrañas de la tierra, en una existencia gnómica, tratando de escudriñar nuevos misterios.—JUAN FELIPE TORUÑO.

*San Salvador—El Salvador—América Central.*



«DON MANUEL MONTT, uno de los grandes estadistas de América», por *Januario Espinosa*. Santiago de Chile, Imprenta Universitaria. 1944.

He aquí una obra de alta calidad. Se ve que es el resultado de un sólido estudio hecho sobre la base de las más amplias fuentes de información. El autor ha sabido aprovechar los documentos públicos, los boletines de las sesiones de los cuerpos legislativos, la prensa y la correspondencia privada. Ha utilizado con mucho acierto la correspondencia de su héroe para comunicar al hermoso cuadro que ha trazado toques íntimos que sirven para aumentar su verdad y su interés. ¿Cómo no ha de ser interesante presentar en sus rasgos sentimentales y de enamorado a ese hombre, seco y severísimo según la tradición, que fué don Manuel Montt?

Rástrrea minuciosamente el señor Espinosa los orígenes de la familia Montt hasta tomar como punto de partida a un joven Miguel de Montt que, con su mujer Isabel, vivía en el si-